

MIGUEL ÁNGEL VIVES VALLÉS
MARÍA CINTA MAÑÉ SERÓ

EL INICIO DE LA MEDICINA ANIMAL
DEL NEOLÍTICO A LA CULTURA GRECORROMANA



Cáceres 2018

© Los autores

© Universidad de Extremadura, para esta 1ª edición.

Edita:



Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones

C/ Caldereros 2, 10071 Cáceres

Telf: +34 927 257 041

Fax: +34 927 257 046

E-mail: publicac@unex.es

www.unex.es/publicaciones

Foto portada: Estela de Hammurabi. Copia del original.

Museo Nacional de Irán, Teherán.

ISBN: 978-84-9127-025-6

Depósito Legal: CC-000128-2018

Impresión: Editorial Sínderesis

ÍNDICE

Prólogo	9
Presentación	11
Introducción	17
Cómo empezó todo	19
La relación del <i>Homo sapiens</i> y los animales. La domesticación	33
El proceso de domesticación	38
Consecuencias de la domesticación	43
Una aproximación al origen de la actividad veterinaria	49
El pastoralismo	51
Cuando solo existía (y existe todavía) un tipo informal de veterinario	56
Teorías, remedios, técnicas de curación	60
Teorías sobre el origen de las enfermedades en las sociedades pastoralistas y sus posibles remedios	61
Las técnicas de curación	62
Desarrollo de la medicina veterinaria en las diferentes culturas a lo largo del tiempo	67
Introducción	67
1. Las primeras poblaciones sedentarias	70
2. Edad del Bronce (3500-1100 a.C.)	71
2.1. Mesopotamia	71
2.2. Civilización del valle del Indo	82
2.3. Egipto	94
2.4. Creta minoica y Grecia micénica	106
2.5. Hititas	109
2.6. Ugarit (Ras Shamra)	113

3. Edad del Hierro (1100-330 a.C.)	115
3.1. Mesopotamia	115
3.2. Imperio persa	116
3.3. Fenicios	116
3.4. Cartagineses	117
4. La civilización china	118
Epílogo	131
Bibliografía	137
Figuras	147

PRÓLOGO

La historia, la reconstrucción del pasado, está, debe estar, centrada en los humanos, pero para entender lo que les aconteció a éstos, para comprender realmente ese pasado, es necesario recurrir a innumerables elementos. Una historia global, total, el objetivo último de los historiadores, tiene necesariamente que edificarse en base a historias particulares. Y de éstas hay muchas: historia política, social, económica, de las religiones, de la ciencia, de la tecnología, de la medicina, del derecho, del clima... Pero en todas son, como decía, las personas, ese tipo particular de animal, sobre el que gira la historia en cuestión. La historia de la medicina constituye un magnífico ejemplo en este sentido, pues, ¿qué es, se dirá, la medicina sino la ciencia, técnica y arte que se ocupa de la salud de los humanos? Ciertamente, pero ¿y los otros animales, esos con los que los humanos convivimos y hemos convivido desde tiempos muy lejanos? La respuesta es muy sencilla y conocida por todos: existe la medicina animal, la disciplina llamada Veterinaria. Sucede, sin embargo, que la historia de esta rama de la medicina no ha sido tan frecuentada como lo ha sido y es la medicina humana, sobre la que existen miles y miles de obras (aunque recientemente, y para comprender el origen y dinámica de las epidemias – uno de cuyos motores es la transmisión, de virus o bacterias, animal-humano –, se haya acrecentado el interés por este campo). Y este hecho es particularmente desgraciado, puesto que si no tomamos en cuenta a los animales, los utilizados en la ganadería, en tareas “de fuerza”, para transporte o como compañía, entonces no es posible comprender cómo hemos llegado a ser lo que somos. Miguel Ángel Vives Vallés y María Cinta Mañé Seró se han propuesto contribuir a que semejante limitación histórica sea menor. Y lo han hecho con un libro, al que sin duda seguirán otros, *El inicio de la medicina animal. Del Neolítico a la cultura grecorromana*, que representa una valiosísima aportación al conocimiento no solo de la historia de la veterinaria, sino, y sobre todo, a la historia de la humanidad en sus primeras épocas, aquellas que sentaron las bases para su futuro, no en vano la aparición (invención) de la agricultura y la ganadería constituyó un momento trascendental para lo que vino después.

Es difícil destacar partes concretas en el entramado que se construye en esta obra, pero sí quiero destacar que junto a detalles a los que, estoy seguro, todos darán la bienvenida – como una cronología de la domesticación de diferentes especies animales –, destaca el esfuerzo, y el éxito, de los autores por situar la historia que reconstruyen en un contexto histórico general. Si, como señalaba antes, la historia total debe basarse en historias específicas, también éstas deben

esforzarse por trascender sus, supuestos, límites; esto es, tienen que desarrollar su narración en el marco histórico más general posible. De otro modo, y más aún en el presente caso, el producto será más que incompleto, deficiente.

Felicitémonos por la publicación de este libro, agradezcamos a sus autores su esfuerzo y su logro. Y esperemos que no tarden en llegar otros que completen la historia de la medicina animal.

Prof. Dr. José Manuel Sánchez Ron
De la Real Academia Española

PRESENTACIÓN

Cuando, finalmente, concluimos nuestro libro anterior sobre la veterinaria grecorromana,¹ nos encontramos con que lejos de haber completado un trabajo, cual fue el de elaborar dicha obra, en realidad habíamos abierto la puerta de par en par a otra incógnita de considerable amplitud, que se podría expresar por la cuestión casi infantil de ¿y qué hubo antes?

Nos pareció lógico comenzar por la veterinaria grecorromana por referirse a un periodo que tradicionalmente ha dividido el tiempo humano, en opinión de los historiadores expertos, en una etapa pretécnica (antes de la civilización griega) y la consecutiva etapa técnica del conocimiento, que aun ahora dura. De esta manera, daba la sensación de que ocuparnos de la historia veterinaria a partir de la etapa técnica de la historia de la ciencia, tendría que ser forzosamente el inicio de todo.

Afortunadamente, el vicio de la lectura sostenida y el deseo constante de aprender actuaron sobre esa lámina de ignorancia que parecía nublar nuestros ojos, despejando nuestras ideas. Especialmente activa fue la sugerencia que obtuvimos de Montgomery y Kumar,² quienes critican la calificación de “precientífica” a la época anterior al 600 a.C., lo que engloba a Persia, Egipto, Mesopotamia, India, China, etc. a lo largo de más de 2000 años, nada menos.

Y, efectivamente, estos autores están por completo acertados en su crítica ya que, por poner dos ejemplos, la milenaria medicina tradicional china o la ayurvédica india son prácticas actuales, comúnmente aceptadas y en pleno uso, por lo que parece muy arriesgado eliminar tranquilamente por “pretécnicas” esas manifestaciones del conocimiento, cuando las estamos empleando en pleno siglo XXI.

Como es forzoso reconocer, dada la posibilidad de dudar, dudamos. Y fue entonces cuando hubo que replantear el objeto de estudio.

De esta forma, repasando la historia de la humanidad, parecía claro que no era factible que hubiese veterinarios entre neandertales y cromañones, por lo cual era preciso acotar hasta nuestra especie, el *Homo sapiens*. Pero tampoco

¹ VIVES VALLÉS, M.A. y MAÑÉ SERO, M.C., *La veterinaria grecorromana*, Cáceres: Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, 2016.

² MONTGOMERY, S.L. y KUMAR, A., *A history of science in world cultures: voices of knowledge*, London: Routledge, 2016, p. 3.

durante todos sus miles de años de existencia, cabía racionalmente pensar en veterinarios.

Acotando, acotando, cabía inferir que mientras el *Homo sapiens* se dedicase solo a cazar no habría muchos animales que cuidar, si acaso esporádicamente alguno mantenido como mascota, caso de los perros. Así pues, nos pareció evidente que una actividad especializada como la profesión (o trabajo) de veterinario precisaba ineluctablemente de dos condiciones: disponer de animales que cuidar y que existiese la división del trabajo dentro de una estructura social; además, por supuesto, de los conocimientos necesarios, que tampoco se improvisan de repente.

La primera de las condiciones citadas no requiere de más explicaciones. La segunda se asienta en que inicialmente un ser humano que debe cazar y recolectar alimentos para sí, su familia o su tribu, no puede dedicar tiempo a otras actividades (guardia, sacerdote, rey, funcionario, etc.) a no ser que alguien le alimente a él y a los suyos. Y para esto se requiere una organización social más compleja que la que se puede encontrar en las tribus, supervivientes en la actualidad, de cazadores-recolectores, entendidas como sujeto observable ahora mismo.

Por todo ello, además de conocer el desarrollo que nos proporciona de las sociedades humanas la antropología social y cultural, datos que cronológicamente variaban en función de la localización geográfica, nos fue preciso indagar en cuestiones ampliamente debatidas pero no completamente resueltas, como son los procesos de domesticación vegetal y animal, capaces de proporcionar la posibilidad de mantener asentamientos estables de seres humanos, en cuyo seno hubiese remanentes más o menos suficientes para alimentar núcleos poblacionales inicialmente reducidos, pero que, gracias a una cierta abundancia de comida, permitiesen un crecimiento demográfico sostenido a lo largo del tiempo y que, a la postre, habrían de llevar a una organización social de creciente complejidad hasta desembocar en ciudades-estados, imperios... tal y como los conocemos en la actualidad.

Poco a poco, y sintiendo una creciente fascinación, preguntarnos cada vez por los cómo y los porqués que nos iban surgiendo, nos ha hecho rebuscar en cientos (si no miles) de obras escritas, artículos, páginas web, etc. en las que hemos podido indagar desde los primeros núcleos estables de población humana y su diseminación por el globo, hasta la profunda relación del hombre con los animales a lo largo de la historia.

Al respecto, y como inciso, es necesario recordar que toda la medicina veterinaria está relacionada con los animales; pero, sin embargo, su contrario es completamente falso. De manera que no todo lo animal tiene que ver con la veterinaria; en realidad, solo una parte reducida. Y créannos si les decimos que esto plantea una considerable complicación de cara a completar la tarea que nos habíamos propuesto.

La complejidad viene fundamentalmente de la obtención de conocimientos a partir de los restos arqueológicos, donde el dato fundamental suele ser el de encontrar, por ejemplo, enterramientos de animales, solos o en tumbas humanas, pero difícilmente y salvo arqueólogos especializados, podría saberse si el animal en cuestión estuvo enfermo o presentaba alguna patología visible en restos óseos que hubiese podido ser tratada médicamente, lo que inmediatamente condicionaría la posible existencia de médicos de animales.

Algo similar ocurre en la historia del arte e historia antigua, donde abundan las representaciones de animales, cada una de cuyas especies tiene simbologías específicas en cada cultura o civilización, pero entre las cuales raramente encontraremos la representación del trabajo de un veterinario.

Tampoco podemos caer en la trampa de considerar por igual el valor de una u otra especie. Si tomamos el ejemplo de los équidos, incluso hoy en día un caballo resulta ser un buen regalo entre reyes y jefes de estado, de manera que una gran cuadra con muchos y excepcionales ejemplares de diversas razas es uno de los bienes más apetecibles que las élites tienen. Y esos bienes lógicamente deben ser bien conservados y mantenidos.

Así, siguiendo a Podany,³ en cuanto los caballos estuvieron disponibles como animales domésticos, susceptibles de ser domados y entrenados, en cualquier parte del mundo su posesión en general, y en particular la posesión de los más bellos, rápidos, grandes o de razas especiales, se convirtió en un signo de riqueza y poder así como un regalo magnífico entre reyes, emperadores o grandes señores. Y, como resulta lógico, un bien exquisito y raro precisaba de protección y cuidados especiales.

Esta constante, que vimos con cierto detalle en nuestra obra anterior,⁴ en realidad ya venía de muy antiguo, en concreto desde la aparición de ciudades-estado donde se erige la figura del rey, hecho que tiene varios miles de años de

³ PODANY, A.H., *Brotherhood of kings. How international relations shaped the ancient Near East*, Oxford: Oxford University Press, 2010. Esta autora documenta multitud de regalos intercambiados entre faraones y reyes acadios, babilonios, hurritas, etc.

⁴ VIVES VALLÉS y MAÑÉ SERO (2016), p. 61.

antigüedad y que culminaba el desarrollo de una organización social que comenzaba con las tribus como estrato social más básico que conocemos, y excluyendo, claro está, a la familia.

Por otra parte, a lo largo de nuestra experiencia como historiadores de la veterinaria, cada vez que hemos pretendido acercarnos a los orígenes de nuestra profesión veterinaria nos hemos encontrado con los mismos datos, prácticamente puntuales, mejor o peor copiados unos de otros, pero siempre carentes del desarrollo crítico que les proporcionaría la consistencia de un corpus sólido. De esta manera, las aportaciones tradicionales, más que la historiografía de una actividad humana técnica y científica como es la medicina veterinaria, quedaban reducidas a una serie de notas marginales, simples anécdotas que en un prólogo daban un barniz erudito y un ornato bastante aparente.

Bien es cierto que una historia de la veterinaria en sus tiempos más ancestrales es imposible de desarrollar si se prepara únicamente desde la visión y el ámbito puramente veterinarios. Es más que posible que ahora, el siglo XXI en el que vivimos, sea la época del desarrollo humano en que más información tenemos. Información y datos de los más diversos ámbitos, desde la filología y el estudio de las lenguas muertas a la geolocalización de asentamientos humanos que se adivinan desde el aire; desde la interpretación de textos a la datación exacta mediante isótopos radiactivos; desde la reconstrucción genética del ADN a la posible clonación de especies desaparecidas. Tiempos estos, en fin, en que tanto la ciencia como la técnica sufren movimientos uniformemente acelerados, y donde la competencia por descubrir nichos de conocimientos no explorados, que permitan al siempre agobiado investigador publicar casi sin competencia, favorece la integración de saberes y, al cabo, a nosotros.

A pesar de todos los datos disponibles, muchos de ellos obtenibles desde la placidez del domicilio y merced a las facilidades que la informática proporciona, hemos de decir que tanto el análisis de los datos como su final síntesis están llenos de dificultades, dado que el terreno que pretendemos pisar es rotundamente inestable y cambiante por la dificultad de su conocimiento.

En efecto, muchos investigadores se quejan de que las opiniones acerca de determinados hechos, especialmente prehistóricos, no solo no concuerdan sino que divergen peligrosamente. La propia traducción de lenguas y escrituras arcaicas, lejos de ser concordantes, en ocasiones se oponen, o al menos dejan al lector sin saber qué opinión seguir.

Hay cosas clamorosas como, por ejemplo, que según qué traductor se utilice, Urlugaledenna podría ser nuestro primer veterinario conocido, o bien otro médico de humanos. Y eso, sin duda, puede llegar a desmoralizar.

Es aquí donde debemos expresar nuestras públicas excusas al lector, en los casos en que errores en la transcripción, fechas o dataciones incorrectas, le pongan más que nervioso, enfadado. Tan solo podemos alegar que somos recopiladores, que nuestra misión (caso de haberla conseguido) no era otra que la de establecer un relato bien hilvanado sobre el inicio de la medicina animal, a partir de los datos conocidos que hoy por hoy son los únicos, pero que pueden cambiar casi cada día a partir de nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones o nuevos relatos.

A pesar de todos sus fallos, tenga por seguro el lector que no nos hubiésemos atrevido a presentar el resultado de nuestro estudio si antes no nos hubiese satisfecho a nosotros, precisamente en virtud de un espíritu crítico incólume desde nuestra juventud, y afinado, experimentado, con el fluir de los años.

Finalmente, deseamos dejar aquí anotado de forma clara y explícita que estamos de acuerdo, y además lo practicamos, con ese sustrato íntimo del autor que en realidad cuando escribe un libro, lo cierto es que lo escribe para sí mismo. En el caso que dicho libro resulte interesante o divertido o de ayuda para los otros, la satisfacción crece, si bien nunca es, ni será, comparable a la íntima satisfacción de quien aprende todos los días algo, se esfuerza en investigar, analizar y recopilar un conocimiento que antes o no tenía o le estaba vedado.

Por estas consideraciones, y por aquello de que un libro no se acaba sino que se abandona, una vez casi concluido este libro (que tampoco finalizaremos nunca) es necesario que sigamos aprendiendo, porque como bien dijo en su discurso de recepción en la RAE la profesora Carmen Iglesias, citando al profesor García Calvo, “Y mientras sigáis aprendiendo, jamás temáis la vejez ni la tumba. Ese es el secreto de la juventud”.

Los autores